

Lunes II de Adviento



11 de diciembre de 2023

Is 35,1-10

Sal 84

Lc 5, 17-26

P. Eduardo Suanzes, msp

Desde siempre el recuerdo del éxodo había sido para Israel el recuerdo fundamental. La salida de Egipto es el acontecimiento al que debe Israel su existencia como pueblo, o como pueblo salvado, como pueblo del Señor. Sin cesar, los textos bíblicos (tanto la ley como los profetas) se refieren a él. Y el destierro, en el que se encuentra este Isaías, da a este recuerdo una nueva actualidad: si el Señor supo entonces arrancar a su pueblo de la opresión egipcia, ¿no sabrá hoy arrancarle del mismo modo de la opresión babilónica? No es extraño, pues, que aparezcan desde el principio en este Isaías ciertas imágenes parecidas a las del éxodo: «*En el desierto abrid camino a Yahvé...*»

En el primer éxodo, el Señor fue el único actor del grandioso drama. Y ¿qué es lo que promete para mañana? ¿Sacará a relucir de nuevo algo de sus antiguos hechos? Nuestro profeta supera con mucho esta hipótesis:

« Se iluminarán entonces los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán. Saltará como un venado el cojo y la lengua del mudo cantará... Brotarán aguas en el desierto y correrán torrentes en la estepa. El páramo se convertirá en estanque y la tierra sedienta, en manantial. En la guarida donde moran los chacales, verdearán la caña y el papiro. Habrá allí una calzada ancha, que se llamará 'Camino Santo'....»

Esto quiere decir que lo más maravilloso no está en ese pasado que Israel ha considerado siempre como inolvidable, sino en el futuro. No sólo habrá un nuevo éxodo, sino que será tan maravilloso que se olvidará el antiguo. El Señor es siempre creador¹. En Babilonia el pueblo no era él mismo, fuera de su centro (de Sión) era una falsificación de sí mismo. Por eso necesitaba una nueva creación.

Y ahí se sitúa la iluminación que Isaías proyecta sobre cada uno de nosotros. Nuestra Babilonia particular, la de cada uno, es la que, como al pueblo de Israel, nos tiene alienados, fuera de nuestra identidad, fuera de Sion. Y ahí nos podemos quedar si no vivimos el Adviento.

En el Evangelio, con Jesús llega Isaías a su cumplimiento: «*¡Ánimo! No teman. He aquí que su Dios viene ya para salvarlos*». El paralítico es símbolo de cada uno de nosotros, venidos de los «*cuatro*»² puntos cardinales del mundo. El paralítico es quien no puede andar, y, por ello, no puede valerse por sí mismo. Es el incapaz de producir y de llevar una vida «activa», incapaz –por tanto– de conseguir «logros» en el ámbito social y religioso. Es un personaje

¹ Cfr. CLAUDE WIÉNER, *El segundo Isaías*. Ed. Verbo divino. Estella 1980

² El número cuatro en la Biblia es el símbolo de la universalidad (cuatro son los puntos cardinales de la tierra, los vientos, los ríos del paraíso, etc.). El paralítico viene de todas partes: la necesidad de sanación es universal, no es exclusiva de un pueblo que se «apropia» a Dios para su sola salvación.

emblemático que simboliza a todos los «paralizados» de la vida, a todos los que no saben por dónde tirar, qué hacer, a todos los perdidos que no pueden valerse por sí mismos y que no tienen sitio en ningún lado, salvo «fuera». El parálítico no puede «presentarse» por sí mismo, depende de los demás. Peor: pese a la universalidad de sufrimiento que representa, no puede entrar en la casa de la salvación. ¿Están dejados de la mano de Dios? ¿Están destinados a quedar fuera y aislados con «su problema», fruto -según muchos- de sus errores o sus malas acciones del pasado? ¿Hay para ellos esperanza?

Pero «los cuatro» simbolizan también la fuerza universal de la fe, del tesón, de la esperanza. Frente a la postración del parálítico aparece la solidaridad. Si el mal está por todas partes, también la fe que se traduce en solidaridad está por todas partes, no sólo dentro de Israel. Esto es ya un indicio de esperanza. Frente a la pasividad de los encerrados-establecidos en la casa (¡que impiden la entrada del postrado!), va a aparecer la fe activa, el movimiento de los que vienen de fuera con-movidos por la necesidad.

Toda la escena no versa sobre la salud ni la enfermedad, sino sobre el «pecado». Jesús añade: « ¡Hombre, tus pecados te son perdonados!»³. Con esta proclamación solemne se dice que los pecados son perdonados, es decir, que no están. Esta frase tan breve es de una radicalidad revolucionaria en su consideración de lo que se tiene por «pecado». Recordar que en la mentalidad judía la enfermedad (parálisis, en este caso) estaba ligada al pecado del individuo y, por lo tanto, era un excluido de la sociedad y del culto por ser impuro; es decir, era un rechazado de Dios. La sentencia de este versículo echa por tierra toda esa moral, la rompe en pedazos. El parálítico es parálítico, sí, pero no lo es «por sus pecados». La salud o la enfermedad no son un premio-castigo que da Dios⁴; Dios no tiene nada que ver con tal fisicidad, sino que está vinculado al ser profundo de la persona; y ese es otro ámbito. Jesús rompe la idea de que Dios está contra o lejos del pecador (y por eso el pecador sufre enfermedad o postración). Al hablar Jesús como Dios y decir: « ¡Hombre, tus pecados te son perdonados!», Jesús está diciendo: «en ti no hay pecado», o «no eres un pecador», eres «**hombre**», con todo lo que esa dignidad significa; eres imagen de Dios y, por tanto, «Dios no está lejos de ti, pues es tu padre y te ama; eres su criatura querida», eres su hijo, que es el grado máximo de proximidad-pertenencia mutua.

La escena llega a su culmen con otra proclamación solemne de la presencia de Dios en la tierra, del cumplimiento de Isaías, en concreto, en el hombre. Es la fuerza liberadora-sanadora de la presencia de Dios: «*El Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados*».

«*Hijo del hombre*», además de un significado culto⁵ tiene un sentido popular o coloquial; para la gente popular, significaba simplemente «hombre» a secas, «ser humano», «este hombre que les habla». «*Hijo del hombre*» aparece en el evangelio siempre en boca de Jesús y expresa mayormente su concepto del «hombre como tal», del hombre en su plenitud

³ Jesús no dice «Amigo mío», como señala la traducción de la liturgia, sino «Hombre» (ἀνθρωπε, *ánthrope*)

⁴ Todavía hay personas que piensan que la pandemia de la COVID es «castigo de Dios». Bueno, pues así pensaban los fariseos y escribas que en sus corazones creían que como aquel era un enfermo consecuentemente era un castigado por Dios y que, por tanto, Jesús estaba blasfemando contra Dios mismo.

⁵ Cfr. el Libro de Daniel del s.II a.C.

según el Génesis, es decir, el hombre creado por Dios y constituido con el Espíritu de Dios: Jesús es el hombre pleno, la referencia del ser humano.

El hombre Jesús se dirige al hombre parálítico y le dice: «*A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*». En los versículos anteriores el parálítico –por su fe– se ha «liberado» de las ataduras del pecado (el peso del alejamiento de Dios que sobre él habían echado «los justos», la institución, la Ley). El parálítico no está lejos de Dios, sino que Dios es en él; no es «pecador», no está «atado» sino que es «libre». Por eso puede ahora levantarse por sí mismo: «*levántate*». Nótese que Jesús no le levanta de su camilla. El parálítico ha expresado ya su fe acudiendo –con los cuatro– a Jesús. Esa expresión de la fe, el concienciar que Dios es en mí y yo soy en Dios, basta para que así sea, para que eso «sea» verdad en mí. Al «reconocer» la verdad «realiza» la verdad: sana, se libera de las ataduras que postran, se siente y es «**hombre**». Por eso, ahora es capaz de levantarse por sí mismo: el postrado-atado está liberado, está salvado. El parálítico en pie es símbolo del hombre libre de ataduras que paralizan, ***del hombre imagen de Dios, surgido de Dios, según el plan de la creación***.

«*Toma tu camilla*»⁶: Asumir el peso de la propia vida. El parálítico no sale saltando y cantando, como diciendo: «—no pasa nada». No se ofrece aquí una visión idílica y fantástica, sino realista. Liberado de ataduras, pleno de dignidad –en pie– habrá de seguir su vida «cargando con su camilla» (evocación de «cargar con su cruz»). La camilla pasa a ser el símbolo del peso, problemas y dificultades del camino, de las responsabilidades que uno tiene que asumir. La vida no es fácil. Pero es «llevadera»: quien se siente de y en Dios, «puede» llevar ese peso; nunca más «su ser» estará solo, separado, postrado, inválido, paralizado. Caminará. Con esfuerzo, pero caminará. La salvación-sanación no es ausencia de problemas, sino fuerza para llevarlos y superarlos⁷.

Es el cumplimiento profundo de la palabra de Isaías en la Primera Lectura. Es el cumplimiento que espera realizarse en nosotros es este camino del Adviento. Por eso está puesto este evangelio aquí casi a la mitad del Adviento. El que viene, Jesús, nos liberará de nuestras parálisis más profundas. Seamos, pues, ingeniosos, para dejarnos llevar por la esperanza y superar los obstáculos y ponernos frente a Él. Entonces, como dice Isaías, brotarán aguas y correrán torrentes en nuestros desiertos; nuestras rodillas vacilantes serán firmes. Se iluminarán entonces los ojos de nuestras cegueras interiores que nos impedían mirar hacia el horizonte; y nuestras sorderas desaparecerán para por fin oír su voz de Pastor. Seremos tan ágiles que nuestro corazón tan propenso a ser renqueante para amar, saltará como un venado. Y dejaremos de estar mudos, pues nuestra vida se convertirá en un canto al convertirnos en memoria viviente de Jesús.

⁶ Subrayo el pronombre posesivo «tu»

⁷ SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico. Sanaciones. Sanación del parálítico que no cabe «en casa»*.